La última guardia de los árboles de cobre

Texto original · Shyvirelle

El último árbol de cobre llevaba seis meses anunciando primavera.

Gael lo sabía porque cada madrugada su consola mostraba el mismo dibujo: hojas nuevas, ramas húmedas, un zorzal anidando cerca del sensor nueve. Había pasado todo el invierno sin ver una sola hoja en el valle. Tras el incendio, la ladera no era más que tierra negra, tocones y varillas de cobre que sostenían los aparatos de medición.

Les decían «árboles de cobre» por aquellas varillas. Nunca habían sido árboles vivos. Antes de arder, el bosque verdadero las había escondido entre troncos y helechos. Ahora sobresalían como agujas sobre el suelo desnudo.

En la pantalla, sin embargo, el bosque seguía respirando.

—Hay que retirar la red —dijo Iara, la botánica, al entrar en el puesto de control.

Traía los zapatos manchados de ceniza. Había caminado tres horas para comprobar unos brotes que aparecían en el informe del día anterior. No encontró ninguno.

—Los sensores no mienten —respondió Gael.

—No. Miente lo que hacemos cuando dejan de hablar.

Gael amplió la ficha del sensor nueve. La última lectura verdadera era de la noche del incendio. Desde entonces el transmisor enviaba paquetes casi vacíos. El programa completaba los datos que faltaban con patrones de los cinco años anteriores: humedad probable, crecimiento previsto de copa, sombras según la estación. Era un recurso creado para que un fallo breve de batería no interrumpiera los mapas de navegación.

Pero el fallo había durado meses. La consola seguía coloreando de verde todo lo que el programa suponía que debía estar allí.

—Si lo borro, se apaga el corredor norte —dijo Gael.

Por encima del valle pasaban drones de reparto. Antes seguían señales emitidas por los sensores entre los árboles y cotejaban esas posiciones con un mapa de claros. Después del incendio, el sistema seguía usando el mismo trazado virtual. Sin la continuidad de aquellas referencias, los aparatos más viejos no se atrevían a cruzar el desfiladero. Se detenían, cargaban de nuevo y buscaban rutas mucho más largas.

La carretera había quedado cortada por un desprendimiento. Al otro lado vivían setenta familias. Cada dos días recibían medicinas, herramientas y comida por aire.

—Necesitamos las entregas —dijo Gael—. No el bosque de la pantalla.

Iara dejó sobre la mesa dos fotografías tomadas en el mismo punto. En la primera, un año atrás, la sombra de las hayas cubría el sendero. En la segunda solo había piedras y tierra quemada.

—La oficina regional ve el mapa verde y piensa que nos estamos recuperando. Ayer rechazó traer plantones porque el informe habla de una cobertura del ochenta por ciento. Aquí ya no existe esa cobertura.

Gael bajó la mirada. Él había mantenido el sistema en funcionamiento. Cada dato que el programa inventaba había servido de camino para una entrega real, pero también había ocultado la pérdida que Iara necesitaba demostrar.

Decidieron hacer una prueba. En una zona pequeña, lejos de las casas, apagaron la reconstrucción automática. La pantalla mostró un rectángulo gris. El dron de ensayo avanzó hasta su borde y se quedó suspendido, buscando una referencia que ya no tenía. Luego regresó al punto de partida.

—Así sería todo el corredor —dijo Gael.

—Entonces hay que construir otro —respondió Iara.

No fue una solución inmediata. Los nuevos aparatos podían orientarse por su propia cámara, pero eran pocos y perdían precisión cuando el viento arrastraba niebla desde las montañas. Los viejos necesitaban marcas identificables en el terreno. Gael propuso poner balizas con reflectores en los tres promontorios del camino, visibles incluso sobre las laderas desnudas. Iara pidió que cada baliza indicara dónde estaba realmente, sin ningún dato de vegetación inventado.

En el pueblo hicieron una reunión. Mara, que administraba los pedidos, fue la primera en enfadarse.

—¿Ahora nos dicen que el bosque estaba muerto? Ya lo sabíamos. Lo que no sabíamos es que el reparto dependía de fingir que seguía vivo.

Gael explicó el peligro de seguir con mapas ficticios: los drones podían orientarse sobre un corredor que no concordaba con las condiciones del terreno. Explicó también el costo de apagarlo. Durante un tiempo llegarían menos paquetes; algunas familias tendrían que compartir viajes o caminar hasta el punto de entrega seguro.

Un hombre preguntó cuánto duraría.

—No puedo prometer una fecha —dijo Gael—. Podemos marcar la ruta esta semana. Después hará falta comprobarla con niebla, nieve y viento.

Nadie aplaudió. Mara pidió una hoja para anotar las entregas indispensables y organizar turnos de recogida. Dos vecinos ofrecieron mulas para el último tramo. Otro recordó que el antiguo camino de pastores seguía abierto hasta el primer promontorio.

Al amanecer comenzó la última guardia de los árboles de cobre. Gael e Iara caminaron entre los soportes chamuscados y las raíces que ya no podían sostener tierra. En cada estación verificaron lo que quedaba: un termómetro funcional, dos baterías vacías, antenas dobladas por el calor. Apuntaron lecturas reales y señalaron como ausentes las demás.

Ante el sensor nueve, Gael detuvo la mano sobre el teclado portátil. La última información auténtica contenía el canto de un ave registrado por un micrófono auxiliar. Había sobrevivido en la memoria desde la primavera anterior.

—Podría guardar el archivo —dijo.

—Guárdalo como recuerdo —contestó Iara—. No como dato de hoy.

Gael copió el sonido en una carpeta de registros históricos y cerró para siempre la opción de completar ese sensor con hojas imaginadas. En el mapa apareció una franja gris que se extendía por la ladera. Era desagradable verla. También era la primera representación honesta del lugar desde el incendio.

Instalaron la primera baliza con una placa ligera y un reflector que devolvía una señal a las cámaras de los drones. La segunda quedó firme al anochecer. Para colocar la tercera tuvieron que esperar dos días: la senda estaba cubierta de piedras sueltas y el viento no permitía trabajar cerca del borde.

Mientras tanto, el reparto fue peor. Una caja de comida llegó tarde; una herramienta para reparar el depósito de agua tuvo que transportarse a pie. Mara reorganizó turnos y Gael acompañó un envío por el camino de pastores. Cuando regresó le dolían las piernas y tenía una lista de fallos más larga que la primera.

Iara no le dijo que todo iba bien. Le mostró un bancal protegido por piedras, donde habían plantado una docena de brotes de especies locales procedentes de un vivero. Dos se habían secado. A los otros no podía asegurarles nada, ni siquiera que soportaran la primera helada.

—Esto también hay que contarlo —dijo.

La semana siguiente enviaron el primer dron con el mapa corregido. No cruzó por la línea verde que Gael conocía de memoria. Rodeó el escarpe, buscó tres señales nuevas y aterrizó con lentitud en la plataforma del pueblo. Llegó varias horas más tarde que antes.

Mara recibió la caja, revisó la lista y señaló un paquete que faltaba.

—Mañana otra vez —dijo, sin felicitar a nadie.

Gael asentó. El sistema nuevo no era una victoria limpia; era una ruta que por fin reconocía los riesgos que todavía tenían que soportar.

Esa noche la consola dejó de mostrar una primavera interminable. El mapa del valle estaba gris, con tres puntos claros y una pequeña parcela marcada como «ensayo de recuperación». Gael apagó el monitor y salió al frío.

En la ladera, las varillas de cobre ya no parecían árboles. Bajo una de ellas, Iara había clavado una estaca para proteger un brote que había sobrevivido por sí solo al incendio. Era tan pequeño que Gael tuvo que arrodillarse para verlo.

No lo registró como bosque.

Lo registró como un árbol.